

El duque Ernesto

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Herzog Ernst*

En cubierta: ilustración del *Codex Manesse* (ca. 1300),
Caballeros en justa con damas mirando desde un balcón

© Album / Lebrecht Music & Arts

Diseño gráfico Gloria Gauger

© De la traducción, introducción y notas, Almudena Otero Villena

© Ediciones Siruela, S. A., 2025

c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid.

Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 978-84-10415-10-2

Depósito legal: M-22.212-2024

Impreso en Gráficas Dehon

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques bien gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Anónimo

EL DUQUE ERNESTO

Edición y traducción del alemán
de Almudena Otero Villena

 Siruela

Libros del Tiempo Lecturas Medievales

Índice

INTRODUCCIÓN	9
I. El héroe	11
II. Los límites de la historia y los territorios de la ficción	14
III. Occidente y Oriente: lo propio y lo desconocido	22
Sobre la traducción	27
EL DUQUE ERNESTO	29
<i>Bibliografía</i>	141

Ahora ¡escuchad todos bien! Os voy a contar muchos hechos extraordinarios de un noble caballero. Tenéis que prestar atención. Es bueno escucharlo, pues a muchos se les alegra el ánimo cuando se habla de actos valerosos. Pero aquellos que en casa labran su tierra y nunca toman parte en los combates heroicos que se narran tienen un gran dolor en el corazón. Se acobardan con los actos honorables. No sufrieron tribulaciones, y también las evitan por completo, pues no valen para eso y, siempre que pueden, dicen que los relatos son falsos. Los rebaten con fuerza y quieren impedirlos como si solo fuesen mentiras. No hay en estas personas ninguna buena cualidad. Pero donde estén presentes buenos caballeros, no se les prestará oídos. Para demostrar su audacia, los buenos caballeros se enfrentan con frecuencia a peligros en países extraños, y soportan lo bueno y lo malo en pueblos desconocidos. Lo que de ello se cuenta no lo discuten, pues ellos mismos lo han experimentado.

Digo todo esto para que escuchéis con más atención esta historia que os voy a contar, pues no os voy a ocultar las

calamidades ni las grandes fatigas que padeció el duque Ernesto después de que lo expulsaran de Baviera. En los libros está escrito que gobernó el país de Baviera y protegió con valor a pobres y a poderosos. Todo lo que hacía era digno de honor y alabanza. Este joven administró con valentía la herencia que le dejó su padre, hasta que un emperador lo desterró de allí con todo el poder del reino. A causa de esto, un gran número de caballeros se tuvieron que apartar de él por miedo. En aquel momento abandonaron su país honorablemente él y muchos valientes guerreros que quisieron con él arriesgar vida y bienes hasta la muerte. Desde entonces se encontró con muchas dificultades que venció con valentía (era un héroe intrépido).

Os voy a seguir contando cómo fue que este noble hombre sufriese tantos perjuicios por parte del emperador. Se cuenta que era un niño pequeño cuando murió su padre. Él le dejó, con la herencia, muchos valientes caballeros a su servicio que lo educaron; fue lo correcto. Ellos lo alejaron de toda maldad. Su madre se llamaba Adelaida y era una mujer de la alta nobleza. Era una joven con muchas virtudes, por lo que disfrutaba de una gran honra. Hizo que le enseñaran al niño francés y latín, y lo envió también a Grecia para recibir educación. Allí conoció a maestros de muchas ramas del saber. El niño se aplicaba en todo tipo de destrezas; por eso creció mucho su honra.

Así pasó el alegre muchacho los años de su niñez conociendo países extranjeros. Fue, en consecuencia, famosísimo en muchos reinos, en los que hizo que se hablase de él con gran alabanza. Se pensaba en él a menudo con toda clase de bondades. Era, con modestia, leal y generoso; por

eso acudían a él caballeros de muy lejos cuando tenía dificultades y necesitaba de ellos.

Lo llamaban valiente y virtuoso, y ponía todo su corazón en las cosas buenas. En estas, solo podía tener éxito. Temía las injurias y las burlas: por su honor y por Dios repartía todo lo que pudiese tener. Les hablaba amablemente a sus hombres y les concedía grandes honores. Por eso ellos lo ayudaron mucho cuando se vio en apuros y padeció grandes tribulaciones; se sometieron a él dondequiera que los quisiese y permanecieron con arrojo a su lado. Fuesen siervos o libres, ninguno lo abandonó nunca mientras estuvieron con vida.

Así creció el joven, hasta que ansió llevar armas. Ordenó a la sazón que le preparasen lo que necesitaba para ello. Se consiguió de inmediato: caballo de batalla, caballo de montar y armadura. Entonces el noble guerrero recibió con grandes honores la espada,¹ y con ella a un magnífico joven, el conde Wetzel, su vasallo, que nunca fue cobarde, y a otros compañeros que desde niños habían sido educados en los modos caballerescos. Wetzel le sería por eso siempre leal y sincero. Nunca lo abandonaría, en ninguna tribulación. Permaneció con arrojo a su lado hasta que murió. Los dos conocieron muchos otros países, y nunca se separaron, en ninguna dificultad, hasta que al final los separó la muerte.

¹ La entrega de la espada era una ceremonia, heredera quizá de antiguos ritos de iniciación germánicos, a través de la cual se reconocía la capacidad del joven para llevar armas, y representaba así el paso a la edad adulta.

Cuando el alabadísimo héroe, junto con el conde Wetzel, héroe osado, recibió con honores la espada, dispuso de un enorme poder. Nadie quedó decepcionado con él. Para quien lo conocía, no había nadie en toda Alemania que fuese su igual, que se le pudiese comparar. Entonces viajó por el país con un grupo de orgullosos caballeros. Lo seguían una multitud de caballeros y escuderos. Los atendía bien: les daba dinero y ropas. Por su generosidad hacía amistad con todo el mundo. Cuando se trataba de su honor, no escatimaba en plata ni en oro. Por eso sus vasallos se ponían con lealtad a disposición de este ilustrísimo hombre dondequiera que hubiese dificultades.

La duquesa Adelaida estaba contenta y también feliz por haber educado así al hijo y porque fuese, gracias a eso, en verdad alabado en todos los países. Ella también honraba al guerrero con sus maneras femeninas. Por sus nobles cualidades, la pretendían príncipes poderosos. A muchos príncipes les habría gustado tomarla por esposa por su inteligencia y su fortuna, pero la ensalzada dama no quería casarse con ningún hombre. Quería morir soltera y casta, para congoja de los distinguidos príncipes.

En el tiempo en que ellos tuvieron noticia de esto, gobernaba el Sacro Imperio Romano Germánico un poderoso rey llamado Otón. A él estaban sometidas las tierras de muchos príncipes de lengua alemana e italiana. El rey había conquistado también los países de los wendos y de los frisones.²

² «Wendos» era el nombre que les daban los germanos a los pueblos eslavos. Fueron sometidos en varias ocasiones durante los reinados de

Entre ellos se hallaban muchos que tenían que jurarle fidelidad. Su gobierno era muy apreciado entre los príncipes. El emperador protegía, como era justo, a viudas y huérfanos de toda clase de peligros; hacía que se cumpliesen sus mandatos; y alcanzó la mejor paz, hacia dentro y hacia fuera, que, antes y después y para siempre, hubo en tierra sajona.

Para obtener la gloria celestial, este soberano fundó, como os puedo contar bien, un poderoso arzobispado; esto es bastante conocido. Su nombre es Magdeburgo y está situado a orillas del Elba. Entonces se le causó al demonio un gran quebranto cuando las gentes, haciendo crecer su gracia, se apartaron de él. El emperador las sometió sin resistencia. Fue consagrado a san Mauricio y a su ejército³ para honrar y acrecentar las alabanzas a Dios, que le había concedido su gracia. El emperador entregó al arzobispado las gentes y la tierra, y lo fortaleció con grandes rentas. Por eso tendrá para siempre alabanza y honor ante Dios.

Este rey noble y excelso fundó también allí en honor a Dios un monasterio.⁴ Así, por su causa, muchas voces le

Enrique I de Germania (876-919) y Otón I del Sacro Imperio Romano Germánico (912-976). Por su parte, los frisones, que habitaban un territorio situado en los actuales Países Bajos, habían sido ya derrotados por Carlos Martel en el año 734.

³ Según la leyenda, san Mauricio era oficial de la Legión Tebana, integrada por cristianos. Fue martirizado con sus hombres en el siglo III por no querer renegar de su fe.

⁴ El emperador Otón I fundó en Magdeburgo el monasterio de San Mauricio en el año 937. Allí fue enterrada su primera esposa, Edith de

dan gracias a Dios todos los días. Os digo que este poderoso rey se comportaba con gran virtud. Fue un excelente guerrero y un héroe admirable. Con él todo el Sacro Imperio Romano Germánico estaba bien protegido. Era un caballero bueno y noble. Era compasivo del modo justo con ricos y pobres. Para todos los que lo deseaban, que buscaban su ayuda, estaban listas sus dádivas. En su juventud, el soberano se había casado con una mujer. Ella falleció; su noble cuerpo fue enterrado, como era apropiado, en la iglesia santa. Había nacido en Inglaterra y había puesto todo su corazón en nuestro Señor. Esta piadosísima reina se llamaba Otegebe, y era una vid fecunda. Era obediente a Dios. Cuando murió, alcanzó el Reino de Dios junto con la alegría eterna. Su alma es santa, como lo fue su vida. Sabed, además, que por esta mujer Dios hizo que sucediesen muchos signos maravillosos, como aún hoy los puede ver allí quien quiera contemplarlos, y que Dios le concedió muchas gracias a esta noble dama mientras estuvo con vida.

Así, el emperador vivió todo este tiempo sin una esposa, como escuchasteis antes, pero le gustaría haber tomado una que se le adecuase y fuese apropiada como reina para el imperio. Convocó entonces a los príncipes y les comunicó su propósito. Dijo: «Si os parece bien y puede llevarse a cabo honorablemente, ayudadme, mis queridos amigos, a encontrar una mujer que os agrade. Os recompensaré a todos de la manera que gustéis. De esto podéis estar seguros».

Inglaterra. El arzobispado de Magdeburgo, por su parte, no se estableció hasta el año 968.

Cuando escucharon esto, los príncipes se juntaron; se reunieron en asamblea para ver cómo podrían procurarle al rey lo que deseaba. Todos estuvieron de acuerdo en que no sabían de ninguna que se adecuase tan bien a él, si la tomaba por mujer, como la duquesa Adelaida —era con razón alabada sobre todas las mujeres—. De su vida no conocían nada reprochable. «Esto es lo que dicen de ella todos los que son sabios». Si la consigue, «a todos nosotros nos parecería bien». Si el emperador pusiera su corazón en ella, podría con honor escogerla como soberana del reino. Por sus cualidades femeninas les gustaría a todos. Ya en su juventud, y hasta hoy, se conducía con decoro y donaire. Era sensata y distinguida.

Así hablaron todos. Los príncipes fueron a ver al rey y le hablaron de la dama digna de alabanza, de su nobleza y sus virtudes, su inteligencia, y su juventud, y su admirable espíritu. Era merecedora de ser reina del imperio, pues ninguna de las damas que conocían en todos los países alemanes la igualaba. Cuando el emperador escuchó estas palabras, le gustó el consejo, por la naturaleza virtuosa de la noble e ilustre dama. No se demoró más. De su mano escribió una carta como mejor sabía, con palabras dulces de su boca, tan afectuosas como era capaz de decirlas. Con la carta, envió a Baviera a un príncipe que le pareció apropiado como mensajero. Cuando el caballero llegó allí y apareció con la misiva, la dama lo recibió muy amablemente con un saludo cariñoso. El caballero le explicó entonces a la dama, poco a poco y como es debido, lo que le ofrecía el poderoso emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, que con tanto afecto le había enviado la carta. «Dejadme animaros

a que accedáis con gentileza a la petición del emperador y de todos los príncipes, sus vasallos. Si satisfacéis la petición del emperador, gozaréis siempre de honor».

La dama se comportó cortésmente. Se inclinó al recibir la carta. Dijo: «Seré, como es lo apropiado, obediente al emperador y al imperio».⁵ Después la noble duquesa le ordenó a un mensajero ir rápidamente adonde estaba su capellán, que le leyó como es debido la carta, lo que allí estaba escrito. Escuchad como comenzaba: «Nobilísima duquesa, esta carta te la ha escrito de su propia mano y te la ha enviado el señor y soberano del imperio, y te insta, además, señora, a que, en virtud de tus grandes cualidades y de tu ejemplar juventud, entiendas lo que significa. Sus consejeros le han hablado de tu bondad. “Vuelve tu corazón hacia mi amor.”⁶ Te haré reina de todo el Sacro Imperio Romano Germánico. Ninguna mujer del mundo se te podrá entonces comparar. Tú, encantadora, serás ensalzada cada vez más. Te servirán, ilustre señora, todos los príncipes. Todos en mi reino, pobres o poderosos, te estarán sometidos. Podrás así,

⁵ La palabra *riche* puede referirse tanto a la persona del emperador como al imperio personificado en él. Este doble significado remite a la teoría de los dos cuerpos del rey, según la cual el soberano tendría dos cuerpos: uno natural y percedero, como el resto de los seres humanos, y otro abstracto, político, que sería inmortal. Sobre este asunto, véase E. H. Kantorowicz, *The King's Two Bodies. A Study in Medieval Political Theology* (Princeton, Princeton University Press 1981).

⁶ El texto cambia aquí a la primera persona, en la que está escrita la carta.

noble y distinguida dama, a causa de los múltiples honores, ser muy feliz. Se me ha dicho y se me ha contado mucho de tu bondad. Accede, querida dama, a la petición mía y de los príncipes; no te enojas conmigo y tómate, señora, como esposo. Gracias a ello nada te saldrá mal mientras vivas. Te otorgaré un gran poder allí donde gobiernes que te hará feliz, tal y como tú, señora, gustes. Te servirán todos aquellos que ahora son tus iguales, pues serás su reina”».

Cuando la admirabilísima dama escuchó la carta completa y lo que le dijo el mensajero del emperador, elevó su corazón a Dios y le agradeció el gran honor que le había destinado. La bondadosa lo alabó por eso, y le pidió de todo corazón que esto redundase en su dicha. Inmediatamente mandó que llamasen a su hijo y le pidió que viniese para escuchar esa noticia, el mensaje del emperador —quería obtener, como era oportuno, su consejo sobre ello—. El joven llegó enseguida al lugar en el que estaba su madre. La dama le habló al momento del mensaje que había recibido. Cuando él escuchó la noticia, se sintió muy feliz. Dijo: «De esto podré estar siempre orgulloso. No debéis rechazarlo, puesto que él os tiene en tanta estima que os desea como esposa. Nosotros nos alegraremos con vos, pues ha sucedido que sois del agrado de todos los príncipes como reina. No os arrepentiréis. Os aconsejo de buena fe que digáis que sí», concluyó el joven e ilustre héroe.

Cuando la dama escuchó de él que la proposición le convenía y que le aconsejaba de buena fe aceptarla, envió con cariño de vuelta al mensajero, y le hizo saber al poderoso emperador, y también a todos sus vasallos, que quería someterse a lo que deseara de ella. El mensajero regresó entonces

con ánimo alegre. El noble caballero corrió día y noche, sin permitirse ningún descanso, hasta que llegó adonde estaba el emperador. Inmediatamente le dijo a su señor lo que allí había oído. Recibió una gran bienvenida de los príncipes y del emperador por haber pedido la mano con tanto éxito, para honra del emperador. Se lo agradecieron mucho.

El noble emperador se llenó de felicidad por la hermosa dama. Todos sus vasallos se alegraron también de la noticia. Ordenó entonces preparar con gran empeño, mañana y noche, lo necesario para la boda. La fiesta se fijó para seis semanas después, delante de la rica ciudad de Maguncia, como el noble rey pidió. Acto seguido, con sus hombres, cabalgó feliz hacia Baviera, hasta la dama. Allí se vieron muchos valientes caballeros cuando la duquesa Adelaida fue entregada como esposa al emperador, y se vio también que el emperador y todos sus hombres se encontraban muy felices. Cuando se fueron con la dama, muchos héroes audaces cabalaron felices con ellos por el camino alegrándose tras sus escudos. Los anchos campos se quedaron estrechos por el gran gentío que se les unió a lo largo de su viaje, antes de que llegasen a Maguncia.

Cuando atravesaron el Rin y llegaron al campo que había delante de la ciudad donde se iba a celebrar la fiesta, había ya allí muchas hermosas tiendas levantadas sobre la hierba verde.⁷ Allí donde el emperador se iba a casar había toda clase de entretenimientos. Se pudo escuchar allí gritar

⁷ Otón I se casó en el año 951 en Pavía con Adelaida, viuda del rey Lotario de Italia.

y exclamar, retumbar y vocear muy alto, y toda clase de música de cuerda. Había muchas diversiones, como son habituales en las fiestas. Nadie estaba allí apesadumbrado, ni pobre ni rico. En todo el Sacro Imperio Romano Germánico no se vio nunca, ni antes ni después, una fiesta más hermosa en honor del emperador. Por eso, el ilustre rey fue alabado en todos los países. Les entregó a los guerreros muchas y grandes telas de seda, mulas con los arreos, además de plata y oro, y para los notables mandó traer muchos espléndidos regalos. Nadie os podría describir el gozo ni el alcance del júbilo. Había también allí muchos juglares. A ellos se les dieron abundantes obsequios, por lo que estaban alegres.

Cuando la fiesta terminó, cada uno de los príncipes, numerosos priores y muchos obispos fueron hasta el admirable emperador y se despidieron de él. Entonces la gran reunión se dispersó. Los leales caballeros se separaron amables y contentos, y fueron por distintos caminos. Se marchó después el rey con su bella esposa. Lo seguían muchos hombres, hasta que los llevó adonde pensaba quedarse. Ella sabía cómo hacerlo feliz. Él trataba a la noble reina con gran honor. Por el nobilísimo amor que ella le tenía, la muy hermosa le era muy querida. Amaba a esta encantadora mujer más que a cualquier otra cosa. En todo momento tenía muchas atenciones hacia ella. Tampoco ella lo afligió nunca con ningún tipo de falta; buscaba con bondad femenina su favor. Siempre que algún fracaso le causaba un pesar, ella lo disipaba de la mejor de las maneras. Se avenía tan bien con él que por ella él olvidaba toda conducta errada. Esto redundaba en lo mejor para ambos.